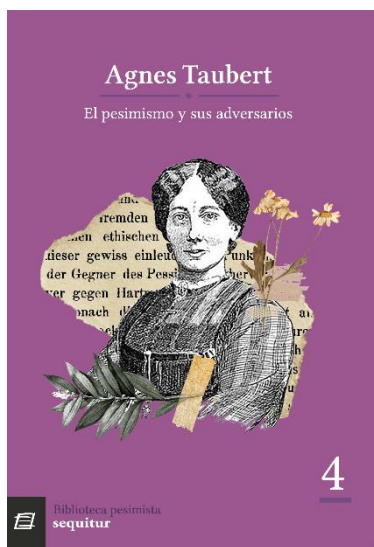


TAUBERT, AGNES. *EL PESIMISMO Y SUS ADVERSARIOS*. INTRODUCCIÓN Y TRADUCCIÓN DE MANUEL PÉREZ CORNEJO, PRÓLOGO DE FERNANDO BURGOS, ESPAÑA, SEQUITUR, 2023, PP. 120.

Carlos Darío Romero
Universidad Nacional de San Martín, Argentina

Con mucho regocijo recibimos *El pesimismo y sus adversarios* de Agnes Taubert. Esta es una obra fundamental de una de las principales partícipes del *Pessimismustreit*. Después de Arthur Schopenhauer y *El mundo como voluntad y representación* (1818), la segunda controversia en torno al pesimismo se abrió con la publicación de la *Filosofía del Inconsciente* (1869) de Eduard von Hartmann, a la sazón, el esposo de Taubert. Con una notable sapiencia y un estilo particular, la filósofa responde a las críticas hechas al *opus magnum* hartmanniano por parte de sus adversarios. Sin caer en una simple recopilación de aquellas, Taubert emite sus propios argumentos. Es así como, gracias a las por ahora pequeñas diferencias entre Taubert y von Hartmann—pues este libro invita a una investigación más profunda de su filosofía—se disciernen las ideas de aquella.



El presente libro, a saber, *El pesimismo y sus adversarios*, se integra en el proyecto titulado “Biblioteca pesimista” que, en sintonía con la *Sociedad Iberoamericana de Estudios sobre Pesimismo* (SIEP), persigue un objetivo divulgativo del pesimismo filosófico. Dicha biblioteca alberga una serie de novedosas y venideras traducciones de obras de filósofos y filósofas alemanes acompañadas de sus respectivos estudios introductorios. De la mano de la Editorial Sequitur, esta colección no se limitará geográficamente pues se expandirá a otros autores de diferentes nacionalidades y, cabe aclarar, el carácter de dichos textos será propedéutico e introductorio. La selección de textos, la traducción, la introducción y las notas están a cargo de Manuel Pérez Cornejo y el prólogo es de Fernando Burgos. Contiene un índice que detalla sus tres secciones: “El valor de la vida y su apreciación”, “El amor” y “El pesimismo y la vida”.

En el prólogo, titulado “Agnes Taubert, defensora del pesimismo”, Burgos nos presenta el contexto social y cultural en el que se encuadra el texto de Taubert. *El pesimismo y sus adversarios* nace como consecuencia de la necesidad de responder a la amplia recepción crítica de la *Filosofía del Inconsciente* de Eduard von Hartmann. Además, Burgos nos plantea una cuestión importante: Taubert no tuvo el reconocimiento que tanto mereció, ni siquiera por parte de su esposo. No solo ella, sino también Olga

Plümacher nunca fue mencionada con su nombre de pila a pesar de que ambas apoyaron fuertemente las trincheras defensivas de la filosofía de von Hartmann. El autor nos señala que, quizás, la causa de esta carencia de referencia explícita a las filósofas se deba al machismo reinante en esos tiempos: especialmente, en el ámbito académico. También, Burgos—a través de la lectura de sus principales comentaristas—pregunta por los aportes personales de Taubert. Afirma que, más allá de las opiniones que la sitúan como una “glosa” o un “epígono” de von Hartmann, se distingue la pluma crítica taubertiana. Aunque no nos hayan quedado datos biográficos de esta autora—al igual que con Plümacher, se puede seguir investigando su obra pues notamos el papel que desempeñaron estas pensadoras—sin dejar de lado a Helene von Druskowitz—en torno al pesimismo. Su recuperación es necesaria e inminente.

La introducción, a cargo de Manuel Pérez Cornejo, nos sumerge de lleno en la vida y obra de Agnes Taubert. Fue una de las grandes mujeres protagonistas de la filosofía alemana de aquel tiempo. El autor refuerza la idea del toque personal y femenino de los escritos de Taubert y—valiéndose de la opinión de Frederick C. Beiser—explica la razón por la que ella ingresó en la polémica en torno al pesimismo. Los motivos son de raigambre política. Taubert fue consciente de las promesas de felicidad hacia las masas basadas en la revolución social o en una política socialdemócrata: según su criterio no se cumplirían. Así, la propuesta de Taubert consiste en un pesimismo activo que oficia como un “antídoto” contra la pérdida de las ilusiones. Además, ayuda a fortalecer el ánimo de los sujetos y amplía el empeño para mejorar la situación actual. Se trata de reducir el sufrimiento en todos los ámbitos posibles pues, teniendo en cuenta que todos somos infelices, hay que aminorar la infelicidad a un límite tolerable. Las dos principales acusaciones hechas al pesimismo no se dejan de lado, pues el autor las pone sobre la mesa. Es decir, la fundamentación científica del pesimismo y su tasación negativa sobre la vida.

En líneas generales, Pérez Cornejo exhibe el pensamiento de Taubert con relación a diferentes temas y cuestiones. Una de las apreciaciones de Taubert está relacionada a la ciencia. A su juicio, se vincula estrechamente con la filosofía y, asimismo, ambas contribuyen al conocimiento de la realidad. Además, frente a la pregunta por el valor de la existencia, la filósofa alude que es una cuestión más eudemonológica que ética. De lo que se trata es de delimitar el cómputo total del disfrute o del sufrimiento en la existencia. Según Taubert, el pesimismo surge al considerar la existencia como consecuencia de un acto irracional (voluntad) y un análisis de los mecanismos que regulan el placer y el dolor. Por lo tanto,—y esto es algo que sus críticos no comprendieron—el juicio de valor negativo sobre la existencia no es una simple percepción personal del filósofo pesimista de turno. Incluso, en dicho cálculo no se eximen ciertos bienes “privativos” y, sobre todo, el trabajo.

La contextualización teórico-filosófica hecha por Pérez Cornejo nos ayuda bastante pues expone la concepción schopenhaueriana del amor—de la que von Hartmann toma muchísimo—y, a partir de ella, se presenta la defensa taubertiana de las tesis de su esposo. A fin de cuentas, el amor sexual es una fuente de felicidad ilusoria para el individuo y pesa negativamente en la balanza eudemonológica. Más aún, Taubert se permite plantear una teoría del amor propia que avanza más allá y corrige la visión de von Hartmann. En pocas palabras, el amor—junto a la amistad y la compasión—es lo único que nos permite alejarnos de la fuente más lacerante de dolor que existe: la soledad. Incluso, Taubert se toma el trabajo de detallar la mentira metafísica del amor sexual y distingue aquel amor con raíces místicas.

En la investigación de Taubert tampoco escapan los placeres relacionados a la naturaleza o lo estético. Por un lado, el deseo de contemplar la naturaleza consiste en el anhelo de retornar al seno inconsciente del Nirvana. Por el otro, el placer estético está limitado a pocos seres humanos. Debido a la desigualdad en el acceso a la educación y la diferencia económico-social, no todos pueden apreciar el arte. En otros términos, como nos comenta Pérez Cornejo, para Taubert la belleza y el arte pueden llegar a dulcificar la existencia, pero nunca llegarán a borrar el sabor amargo que posee. Además, la pensadora retrata el accionar virtuoso como un “pesimismo inconsciente” ya que quien sacrifica su felicidad individual puede realizar una acción desinteresada. Más aún, este accionar permite que la injusticia se reduzca en el mundo. Respecto a la inmortalidad, al igual que von Hartmann, Taubert mantiene sus dudas. Más allá de las promesas *post mortem*, la filosofía al menos nos libera de los males de este mundo. Finalmente, se plantean algunas consideraciones sobre el progreso. Según la filósofa, la fe en él no hizo más que llevar a una conciencia y reflexión mayor de la desigualdad social—que, lamentablemente, existió siempre. Por ello, para paliar la situación, enfatiza en la filosofía pesimista como vía necesaria para concientizar a la gente de la infelicidad latente en toda la escala social. Así, podrán generarse acuerdos que aseguren un mejor bienestar social para todos sin caer en el simple optimismo socialista. Lo que se busca, nuevamente, es hacer la vida más tolerable. Se apelará al espíritu de aquellos pesimistas teóricos—frente a los optimistas con sus creencias ingenuas de felicidad—que, sabiendo el dolor y sufrimiento que existe en el mundo, podrán atenuarlo. Y, más aún, se comprende el sentido consolador del pesimismo que permite alcanzar alegrías inesperadas pues ayudará a valorar mejor cualquier pequeño disfrute que se obtenga. Claramente, esto no será posible sin los ímpetus de una solidaridad colectiva.

Sin más, celebramos este trabajo que trae a la luz una de las voces femeninas en la filosofía alemana. Esto demuestra el avance en la recuperación de una de las filósofas que fueron protagonistas en el pesimismo filosófico y, como tal, merece su reconocimiento: Agnes Taubert.